

Dime lo que has estudiado y te diré lo que no eres

El 60% de los graduados no ocupa puestos acordes con sus estudios

ELENA SEVILLANO

La hipocondría de Daniel Sánchez Arévalo (Madrid, 1970) le impidió estudiar Medicina; su sentido práctico lo llevó a descartar Matemáticas o Biología. Como había que ir a la universidad sí o sí —a la generación del *baby boom* no le quedaban muchas más opciones en la España de finales de los ochenta—, se decidió por Empresariales, un título con salida profesional que no llegó a estrenar porque el cine se le cruzó por medio. El director de *Gordos* dice

Más del 17% de los encuestados cree que su trabajo no requiere licenciatura

España es el país de la OCDE con mayor sobrecualificación laboral

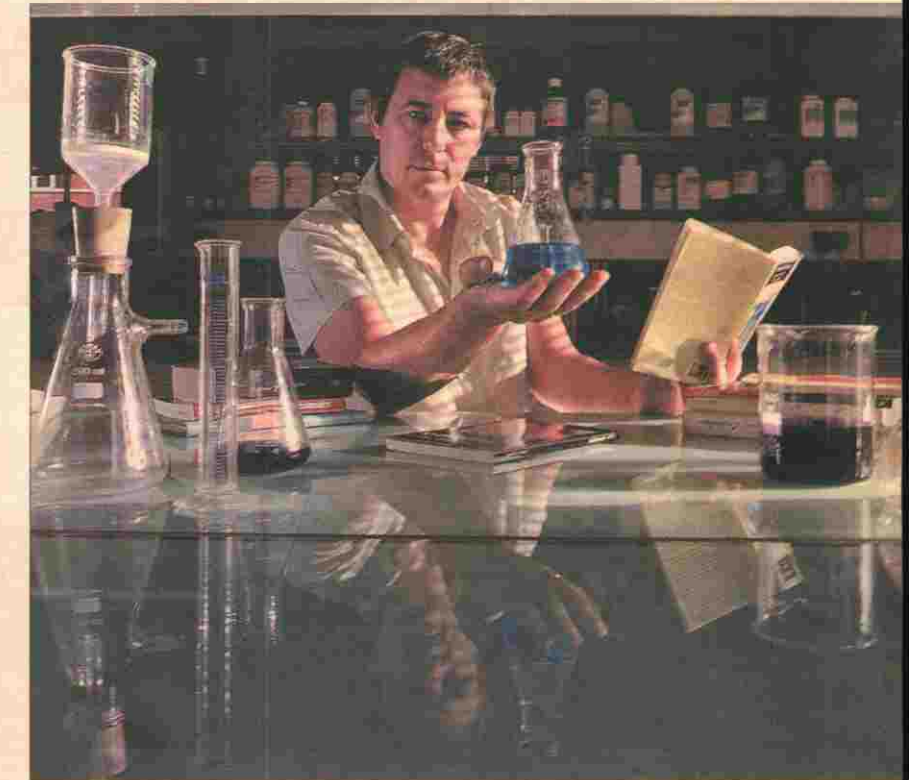
que si volviera atrás, "ni de coña" repetiría carrera (es lo mismo que afirma uno de cada diez graduados universitarios, según recogen varias encuestas). "Pero no sabría qué otra elegir, porque no hay ninguna que te enseñe a hacer cine", reconoce el cineasta.

Sánchez Arévalo se formó en una cosa y trabaja en otra. Y eso es algo "relativamente habitual", interviene Jaume Pagès, y remite

a su propio currículo: doctor en ingeniería, profesor, rector y ahora consejero delegado de la red de universidades Univesia (del grupo Santander). "Hay que formar personas que tendrán varias oportunidades de ejercer profesiones distintas y habrán de recurrir a formación adicional para adaptarse", defiende Pagès. De hecho, considera en crisis el esquema profesional vinculado a titulaciones cerradas: abogados, economistas, médicos, ingenieros...

Entre otras razones, porque la dinámica social hace que vayan surgiendo necesidades para las cuales no existe formación inicial. Como en su día ocurrió con informática: "Cuando apareció, no había ni licenciatura ni ingeniería informática". El hueco se cubrió con matemáticos y físicos, que eran estudios que capacitaban para el ejercicio de tan llamante ocupación.

Existen titulaciones más conectadas con el mercado y otras que se cursan aun a sabiendas de que sus salidas laborales escasean o no están tan claramente orientadas a conseguir un empleo determinado. Filosofía, historia, biología, sociología, psicología, ciencias políticas, de la educación, dirección y administración de empresas, periodismo, incluso derecho. A las titulaciones polivalentes —comodines si se las quiere llamar así—, además de los convencidos, acuden quienes no lo tienen claro, o no les ha dado la nota, o no han querido o podido moverse de su ciudad para hacer lo que realmente deseaban. Mu-



Sagama es boticario de carrera y escritor de profesión. La abogada Comenge abrió un restaurante. / A. A.

chos entran en la universidad para continuar, o inaugurar, una tradición familiar, según enumera posibilidades Rafael Feito, profesor de sociología de la educación de la Universidad Complutense de Madrid. Este docente piensa que los que se matriculan por vocación tienen más papeletas para colocarse en lo suyo, antes o después, con mayores o menores dificultades. Los que no, pueden acabar en los sitios más dispares.

Cristina Comenge (Madrid, 1981) hizo derecho, "una carrera bastante completa que abría puertas para hacer mil cosas", a pesar de tener muy claro que quería dedicarse a la gastronomía. "La cocina está bien como afición, pero primero fórmate, haz algo sólido", recuerda que le dijo su familia. Se licenció, siguió probando con un máster en periodismo. Hasta que en 2007 inauguró su restaurante en Madrid, el Oven 180. De su grupo de la facultad, una amiga abrió una tienda de ro-

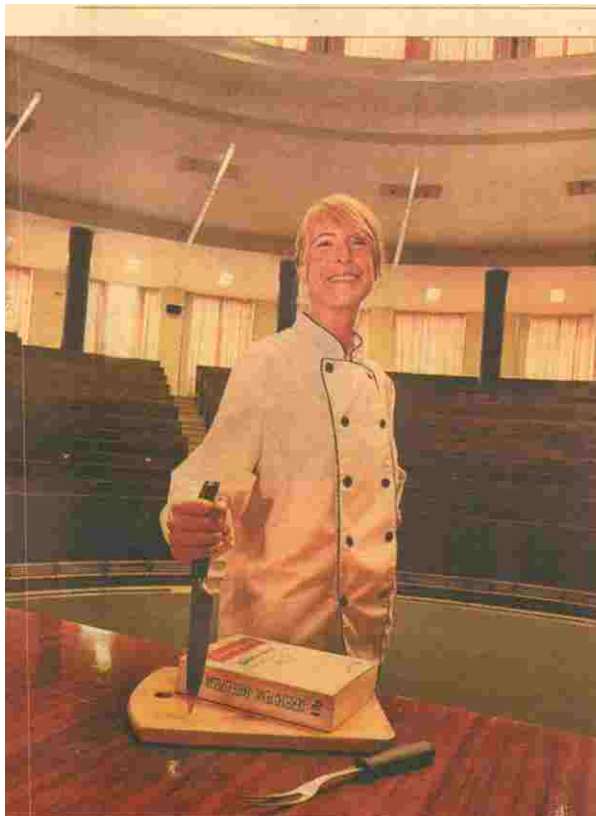
pa en Lisboa, otra trabaja en una firma cosmética y sólo un chico —"un apasionado, era el empujón, al que le pedíamos los apuntes"— ha montado un pequeño bufete y ejerce como abogado. Eso, sin olvidar los varios compañeros que están en el paro y los que desempeñan una labor por debajo de su formación.

España es el país con mayor nivel de sobrecualificación de los analizados por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) en 2008: un 25%, frente a una media del 13,2%. Eurydice (la red europea de información sobre educación) señalaba en 2005 que menos del 40% de los graduados españoles entre 25 y 34 años ocupaban puestos adecuados a su nivel; un 17,9% de titulados considera que en su

empleo no se requeriría un trabajador con estudios universitarios, según datos del proyecto europeo CHEERS (Career after Higher Education: a European Research Study).

José García Montalvo, catedrático de Economía de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, ha recopilado estas y otras estadísticas, y ha concluido que "el aumento del nivel educativo medio de la población activa española, y en especial el gran incremento en la proporción de universitarios, ha provocado dificultades en el sistema productivo para absorber con puestos de trabajo apropiados el enorme caudal de capital humano que se estaba incorporando al mercado laboral".

"Hace 40 años, los estudios superiores eran garantía de empleo. Ya no", expone Pagès. "Pero a menudo sí que son un prerrequisito en los procesos de selección de candidatos a un puesto de trabajo", continúa. Entre los que



lo cumplen, la empresa escogerá a quien más les interese, valorando sus conocimientos de un segundo idioma, su iniciativa, su expresión oral y escrita, su capacidad de negociar y de trabajar en equipo... En definitiva, sus competencias, algo en lo que cada vez se fijan más los equipos de recursos humanos, según detalla el informe *Las competencias profesionales en los titulados* (elaborado por Accenture y Universia). Este estudio, por cierto, pone de manifiesto la insatisfacción de las compañías por el nivel que los recién titulados muestran en cuanto a habilidades personales y profesionales.

Sánchez Arévalo cree que ahora se cuestiona más que antes si realmente merece la pena invertir cinco años en una facultad. "Sobre todo en disciplinas más vinculadas al arte, que tienen que ver mucho más con la experiencia vital que con la académica". "Vamos como borregos a lo seguro, a derecho, económicas, periodismo... Mucha gente no se atreve a matricularse en una titulación más extraña, aunque le guste más, por miedo a que le cierre

Daniel Sánchez estudió empresariales, pero acabó cumpliendo su sueño: dirigir películas. / ALFREDO ARIAS

puertas", sentencia Cristina Comenge, que también opina que las carreras son muy poco prácticas y que deberían estar más enfocadas al mundo profesional. "Como en los países anglosajones o incluso Francia". Senén Barro, rector de la Universidad de Santiago de Compostela, destaca el

La vocación es fundamental para encontrar el empleo deseado

El sistema productivo, incapaz de absorber la oferta de licenciados

esfuerzo de los campus por formar a sus titulados "con una componente más práctica, con una mejor orientación del ejercicio profesional, a las demandas laborales". Y ello, según prosigue, redundará en una cada vez mayor sintonía entre las expectativas profesionales y lo que luego se van a encontrar en el mundo laboral. El profesor Feito recuerda que Bolonia (el nuevo espacio europeo de

educación superior) es más flexible y permitirá al alumno probar, cambiar, buscar su propio itinerario. Cursar, por ejemplo, un grado en filosofía y después un máster en cooperación internacional. Sin embargo, "no hay que reducirlo todo a términos productivos, económicos, laborales. La gente que realiza estudios universitarios es más feliz, se integra mejor, transmite más cultura y educación a sus hijos. Si de mí dependiera, el 100% de los espafolitos pasaría por la universidad, y luego que cada uno haga lo que quiera, que sea cartero o fontanero. Hay muchos recovecos por los que colarse y ser útil a la sociedad", afirma.

Javier Sagarna (Madrid, 1964) confiesa que a los 18 años no sabía lo que quería. Eligió ciencias en el instituto, tampoco tenía claro por qué, ya que siempre fue bueno en letras, mientras que las matemáticas y la física le daban problemas. De las cuatro licenciaturas a las que podía optar, no le dio la nota para medicina y descartó biología porque no le veía salida profesional. "En mi familia había tradición farmacéutica, así que opté por veterinaria", bromea. Le gustaban los animales, pero descubrió que formarse para tratarlos "era otra cosa". Al año siguiente barajó pasarse a filosofía o a periodismo, pero se dijo que ya estaba bien de experimentar, y se tituló en farmacia. Terminó como jefe del departamento de microbiología de una multinacional farmacéutica. "Me deprimía cuando pensaba que esa iba a ser mi vida". Tenía las tardes libres. "Era lo mejor de mi trabajo", y se matriculó en el Taller de Escritura de Madrid. Trece años después, con 38, empezó a dar clases en él. Hoy es socio y director de la Escuela de Escritores.

Por razones obvias, Sagarna no descarta ningún currículo de ciencias que aspire a entrar en su equipo. Uno de sus profesores, el escritor Ignacio Ferrando, es apañador. Tampoco resulta raro encontrar médicos entre sus alumnos, y hasta un ingeniero que diseñaba motores de aviones de guerra. De su paso por la universidad le ha quedado "una cultura de base, la capacidad de enfrentarte a los problemas con una mente más estructurada, y de buscar información". A partir de ahí, ancha es la escritura. O lo que sea. ●

